

## APROXIMACIÓN TEOLÓGICA A LOS CRISTIANOS SEGLARES COMPROMETIDOS EN LA ACCIÓN POLÍTICA

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.

Una de las acciones fundamentales de los seglares en el mundo es evidentemente la política, pero existen algunas dificultades para introducirse adecuadamente en esta praxis. La concepción sentimental del cristianismo, por ejemplo, tan extendida en las últimas cuatro décadas, privilegia una presencia más testimonial que estructural del cristiano en el mundo, cuyas consecuencias han sido por una parte una religión interior, de talante místico; y por otra la presencia del cristiano en la oposición al orden constituido en defensa de la justicia conculcada y de la paz deseada. Ahora bien, aunque la verdad del Evangelio y de la Iglesia exige el testimonio, no puede menospreciar el pensamiento y la acción institucional consiguiente. No debemos ser condescendientes ante tales imágenes decadentes del cristianismo; con otras palabras, el cristiano tiene que moverse en el campo de la libertad social y política, combatiendo a favor de la sociedad humana desde la propia conversión.

En estas reflexiones intentaré no caer en la dispersión, ni tampoco en la fragmentación, sino ofrecer algunos principios que iluminan y dirigen la actuación del cristiano en la acción política, en relación con el brillante magisterio de la Iglesia en su doctrina social, donde se deja un marco amplio a su aplicación pastoral<sup>1</sup>. Ahora bien, entramos en esa compleja relación entre la fe pensada y actuada y la sociedad, tal como se comprueba en la difícil identidad o coherencia de los políticos cristianos en los países y continentes de tradición católica. No es fácil que el político se mantenga en este campo en misión de servicio, sin ansias de poder, o que ponga el poder que tiene al servicio del bien común; tampoco es fácil en una cultura relativista y pluralista como la de nuestro tiempo aceptar que el cristiano sea hostigado por quienes, extrañamente, se ufanan de ser tolerantes.

1. Cfr. J.L. GUTIÉRREZ GARCÍA, *Introducción a la doctrina social de la Iglesia*, Barcelona 2001.

La gran pregunta sigue siendo «fe cristiana y modernidad laica». Es preciso encontrar la forma de insertar la fe en la modernidad, la Iglesia en la sociedad y las comunidades cristianas en los grupos humanos, de manera que el cristianismo no se disuelva en la modernidad, sino que influya culturalmente en nuestro tiempo; esta relación una vez más será dialéctica, salvando la alteridad en un mutuo enriquecimiento. Pero ¿cómo se podrá realizar esta nueva evangelización? Unos opinan que hay que proceder como si Dios no existiera, es decir, como si la Iglesia no existiera, dogmáticamente desarmados, situándose en el mismo plano el creyente y el agnóstico, aunque partan de motivaciones diversas<sup>2</sup>; otros piensan que es preciso seguir anunciando las cosas como son, sabiendo que la verdad propuesta con sencillez y caridad no tiene por qué ofender a nadie y menos en una sociedad pluralista y democrática. Además, la evangelización se dirige en primer lugar a las conciencias.

En fin, la cuestión «los católicos en la política» es una pregunta pendiente y urgente en la Unión Europea. El problema subyacente es la privatización de la fe o la pérdida del espesor social de la fe y de la Iglesia o, con otras palabras, la ausencia de los creyentes en la sociedad y en la política. La pregunta no es, pues, marginal, sino que responde a la coherencia con nuestra fe, llamada a encarnarse en la realidad. Bien está que volvamos a plantear la política como dimensión social del amor cristiano, muchas veces en el nivel martirial<sup>3</sup>. Las presentes reflexiones parten de dos principios: la necesaria participación de los católicos en la vida pública y la búsqueda de alguna unidad de acción entre los católicos para que su presencia social resulte eficaz y no meramente testimonial.

## 1. IGLESIA Y POLÍTICA

Actualmente se constata «desamor» por la política y desconfianza ante el político; un fenómeno bastante masivo. El abstencionismo electoral integra a veces mayorías preocupantes. ¿Cuáles son los motivos? En primer lugar, se piensa y a veces con razón que los políticos no tienen suficiente aprecio y conocimiento de la cosa pública y se desvían hacia el interés personal; la política, para algunos, parece ser una mera lucha por el poder como fuente de enriquecimiento perso-

2. Cfr. G.E. RUSCONI, *Come se Dio non ci fosse. I laici, i cattolici e la democrazia*, Einaudi, Torino 2000.

3. Cfr. M<sup>a</sup> Dolors OLLER I SALA, *Cristians i present politic: una relació conflictiva. Cristians y política*, Quaderns «Institut de Teologia Fonamental», n. 25, San Cugat del Vallés, Barcelona 1994, pp. 19-48.

nal o familiar. Además, la imagen del político está muy deteriorada en el campo de la moralidad; los casos de corrupción y los hechos escandalosos han desacreditado con frecuencia el quehacer político.

Ahora bien, no todos los políticos son iguales; bien lo sabemos también en España. Además, siendo críticos con los juicios comunes sobre la labor de los políticos, es preciso reconocer igualmente las consecuencias positivas de la buena política; lo que sucede es que la política goza de una gran visibilidad en los países democráticos y con facilidad aparecen públicamente sus valores y sus lacras. En fin, el quehacer político interpela la conciencia del cristiano, lo cual nos lleva a preguntarnos por el comportamiento adecuado de los cristianos en el campo político. Ha habido en algunos momentos históricos la tendencia a calificar la política como manifestación demoníaca, porque también con alguna frecuencia la política se ha mostrado como «fuerza bruta», avasallando la justicia entre las personas y la paz entre los pueblos. Con todo, un cristiano no puede considerar la política como algo malo, sino como una realidad buena y necesaria para el hombre, aunque nadie puede negar que la política es una gran tentación para todo hombre, también para el cristiano que en ella trabaja.

La Iglesia, no obstante conocer las miserias de la política, tiene en gran estima el quehacer de la política. «La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la vida pública y aceptan responsabilidades en este oficio (...) Los cristianos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política (...) Quienes son, o pueden llegar a ser, capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble, que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de todo beneficio venal (...) Conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio a todos»<sup>4</sup>. «La política es un modo exigente, no el único, de vivir el compromiso cristiano al servicio de los demás»<sup>5</sup>.

Los católicos, como los demás, tenemos derecho y obligación de ser lo que somos y manifestarnos como tales en la vida individual y social. En un mundo donde la gran tentación es el insulso anonimato, la verdadera estrategia cristiana es no tener miedo a manifestarse en conformidad con lo que uno es, siempre que sea respetando a Dios, al hombre y al mundo. La fe nos ayuda a vivir el drama de la vida individual y social, sin caer en el abismo y esto es posible sólo si ponemos el objetivo de la vida más allá de la política. ¡Qué amarga es la

4. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et spes*» (7-XII-1965), 75.

5. PABLO VI, Carta Apostólica *Octogésima adveniens* (14-V-1971), 46.

política, como la vida, si sólo vivimos para lo que hacemos! En cambio, entrar en la política porque permite darse al otro, porque se puede cambiar el rostro de unos ciudadanos, porque se espera a la persona amada, porque al final está Dios, merece la pena. Además, uno puede tener muchos títulos, haber desempeñado muchas funciones; mas al final lo que vale es lo que Dios y los demás son para uno y lo que uno ha sido capaz de hacer por Dios y por el prójimo.

## 2. LA CUESTIÓN EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

Santo Tomás funda la política en la naturaleza social del hombre. «La vida social es imposible si al frente no está uno que busque el bien común, pues la multitud de por sí tiende a muchas cosas y uno tiende sólo a una»<sup>6</sup>. «Porque Santo Tomás tiene una concepción filosófica de la naturaleza de las cosas, puede reconocer en el orden temporal una consistencia y, por consiguiente, una autonomía dentro de su orden»<sup>7</sup>. Ahora bien, la autonomía del poder político no es absoluta, pues dada la superioridad del orden espiritual es lógica una cierta orientación del orden temporal al espiritual en virtud de la armonía del destino humano o única vocación sobrenatural del hombre. Mas, en la práctica, hay una dialéctica entre la autonomía del orden temporal y su orientación al poder espiritual, que obliga a la autoridad espiritual a proceder con justa intención sin usurpar la autonomía del poder temporal, aunque también está obligada a defender privada y públicamente la honra de Dios, recurriendo si fuera preciso y posible al brazo secular para defender los propios fines espirituales<sup>8</sup>.

La Ilustración, inspirada por un laicismo violenta e injustamente anticristiano, supuso el derrumbamiento cultural del cristianismo, tal como se comprobó en la revolución francesa. La religión revelada fue sustituida por la natural, el deísmo, dentro de los límites de la razón; Jesucristo fue aceptado como maestro y la Iglesia como una institución en defensa de las buenas formas, de modo que los dogmas y el culto fueron valorados por su eficacia moral en el pueblo, que es la fuente de todo derecho, y el estado comenzó a considerarse libre y ajeno ante Dios; aquí se gestó la libertad absoluta de pensamiento, de culto y de expresión, de modo que la política, liberada de la moral objetiva, es buena o mala según los intereses del estado. La gran reacción

6. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, 96, 4c.

7. Y. CONGAR, *La eclesiología desde San Agustín hasta nuestros días. Historia de los dogmas*, tomo III, Cuad. 3 c-d, Madrid 1976, p. 146.

8. Cfr. F. FAYNEL, *La Iglesia*, vol. II, Barcelona 1974, pp. 229-232.

cristiana ante la Ilustración comenzó con León XIII y todavía hay cuestiones pendientes. Hagamos un poco de historia. León XIII, sobre todo en sus encíclicas *Diuturnum illud* (1881) e *Inmortale Dei* (1885), parte de que toda sociedad humana necesita una autoridad que la gobierne, aunque la autoridad y la obediencia sólo proceden y se fundan en Dios. En concreto, el pueblo puede elegirse al gobernante, pero su autoridad procede de Dios y por ello debe cumplir las pertinentes obligaciones religiosas.

En el contexto de la primera mitad del siglo XX se gesta el pensamiento de J. Maritain, que en su obra de juventud *La primacía de lo espiritual* (1927), en el contexto de la Acción francesa, continúa la tradición, y en su libro *Humanismo integral* (1936), situado en el pluralismo democrático, rompe con ella al afirmar que en el mundo actual se impone el estado laico, es decir, no confesional, donde los cristianos con su testimonio animarán la construcción de la ciudad terrena en un régimen pluralista. Ahora bien, es adecuado hablar no sólo de un estado laico, sino también de un estado laico cristiano. En cuyo caso nos preguntamos, ¿qué características tendría un estado laico integrado por una mayoría de cristianos?

Pío XII supone un avance en el pensamiento político de la Iglesia, cuando afirma que el sujeto del poder político, procedente de Dios, es el pueblo organizado, de donde se concluye la diferencia evidente entre la Iglesia, cuyo origen está en un acto positivo de Dios, y el orden político, nacido del derecho natural. Admitiendo que el poder temporal radica en el pueblo, queda en pie que gobernantes y gobernados deberán someterse al derecho natural, respondiendo ante Dios de sus acciones políticas. Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in terris* (1963) legitima el ejercicio democrático del poder político, pues no es incompatible con la afirmación de que la autoridad procede de Dios a través del hombre creado. La democracia se basa, en sentido cristiano, en el reconocimiento del derecho natural, que la Ilustración no admitía. Pero la encíclica no se pregunta si los cristianos han de estar presentes en la política en cuanto tales o han de limitarse a las exigencias del derecho natural.

El Concilio Vaticano II, que funda la vida política en los derechos del hombre en orden a conseguir el bien común, ha mostrado una postura práctica afirmando que la Iglesia y la sociedad civil son dos organismos distintos y autónomos, aunque deben colaborar debido a la relación entre los órdenes natural y sobrenatural, y la Iglesia se reserva la facultad de intervenir en la vida pública en defensa de la persona humana y de la moral<sup>9</sup>. En este mismo documento, número an-

9. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et spes*», 76.

terior, se legitiman los partidos políticos, pues en la vida pública existen diversos modos de enjuiciar las cuestiones políticas, sociales y económicas. Ahora bien, el Vaticano II, que «deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo»<sup>10</sup>, enseña implícitamente que los cristianos deben estar presentes en la política en cuanto tales, pues afirma que los seglares han de consagrar el mundo a Dios, principio y fin de toda la actividad humana, la cual no puede substraerse del imperio de Dios<sup>11</sup>. Uno de los temas más debatidos en la historia de la eclesiología es la relación de la Iglesia con el poder temporal en el conjunto de la gran cuestión, la presencia de la Iglesia en el mundo.

«Competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y el dinamismo seculares. Cuando actúan, individual o colectivamente, como ciudadanos del mundo, no solamente deben cumplir las leyes propias de cada disciplina, sino que deben esforzarse por adquirir verdadera competencia en todos los campos. Gustosos colaboren con quienes buscan idénticos fines. Conscientes de las exigencias de la fe y vigorizados con sus energías, acometan sin vacilar, cuando sea necesario, nuevas iniciativas y llévenlas a buen término. A la conciencia bien formada del seglar corresponde lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena. De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión. Cumplan, más bien, los laicos su propia misión, con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio»<sup>12</sup>.

### 3. EL POLÍTICO CRISTIANO EN LA SOCIEDAD PLURALISTA

Una de las preguntas actuales que exigen una respuesta urgente es si la forma de presencia del cristiano en el mundo, en la vida pública, es una presencia explícita, institucional, o sólo anónima y testimonial en defensa de los derechos naturales<sup>13</sup>; además, ¿hasta dónde llega la autonomía de la vida pública? o, con otras palabras, ¿puede un políti-

10. CONCILIO VATICANO II, *Decreto sobre la libertad religiosa* «*Dignitatis humanae*» (7-XII-1965), 1.

11. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* «*Lumen gentium*» (21-XI-1964), 34, 36.

12. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et spes*», 43.

13. «¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia, o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?» JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 353.

co cristiano prescindir de su fe en la vida pública, afirmando que la fe pertenece a la vida privada? Actualmente algunos siguen defendiendo la neutralidad en el contexto político, prescindiendo de Dios y limitando la fe a la vida privada, cuya consecuencia es la secularización de la vida política, olvidando incluso el mismo derecho natural y sus consecuencias públicas. Así, la política se regiría sólo por la razón empírica, privada de todo sentido moral objetivo y trascendente.

«En una sociedad pluralista como la vuestra, se hace más necesaria una mayor y más incisiva presencia colectiva, individual y asociada, en los diversos campos de la vida pública. Es por ello inaceptable, como subraya el Evangelio, la pretensión de reducir la religión al ámbito de lo estrictamente privado, olvidando paradójicamente la dimensión esencialmente pública y social de la persona humana. ¡Salid, pues a la calle, vivid vuestra fe con alegría, aportad a los hombres la salvación de Cristo que debe penetrar en la familia, en la escuela, en la cultura y en la vida política!»<sup>14</sup>.

La doctrina social y política del magisterio se fundamenta en el derecho natural, basado en la dignidad trascendente y espiritual de la persona humana, que no es mera materia biológica, sino cuerpo y alma; ésta creada directamente por Dios a su imagen, pues lo espiritual no procede de la generación<sup>15</sup>, aunque sí coincida cronológicamente con ella; en fin, la generación no se reduce a un mero hecho biológico. Ahora bien, si tenemos en cuenta que el hombre ha sido creado en Cristo, siendo hecho gratuitamente partícipe del amor del Padre en el Espíritu, nos encontramos con el fundamento de la dignidad del hombre, hijo en el Hijo de Dios. En este contexto se asume y explica la ley natural, no interpretable al margen de Dios, donde no hay divergencia entre naturaleza, verdad y libertad humanas, y cuya plenitud es la ley evangélica o ley nueva del Espíritu Santo.

La política es una realidad profana y temporal, es decir, no es algo religioso, ni tampoco eclesial. En consecuencia, el cristiano seglar que trabaja en la política no se mueve en el campo eclesial, ni representa a la jerarquía, ni busca el interés de la Iglesia. Es decir, el cristiano político, elegido por sus conciudadanos, busca con honestidad y lealtad la construcción de una sociedad más humana o una sociedad al servicio del hombre y, en definitiva, del bien común. Una sociedad humana es aquella en la que el bien del hombre ocupa el primer puesto; aquella que pone en el primer lugar los valores del hombre, como la solidaridad. Pero para conseguir esto el cristiano debe actuar en la política en coherencia con lo que es en un doble sentido: primero, inspirándose en la fe

14. JUAN PABLO II, *Discurso en la Almudena en 1993*.

15. Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, 118, 2c.



y en la moral cristianas a la hora de luchar por una sociedad más humana; segundo, cultivando el talante cristiano a la hora de hacer política.

El concepto cristiano del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza, sujeto de deberes y derechos, no concedidos por la sociedad, ni tampoco por el estado, sino recibidos de Dios su creador y redentor, ilumina el camino del político cristiano. Por ejemplo, el derecho a la vida implica en el político la obligación de impedir toda ley que se oponga a este derecho, como el aborto, la eutanasia, la clonación o manipulación de embriones humanos incluso con fines terapéuticos. Igualmente, como para la fe y la moral católicas el único modo de unión conyugal es el matrimonio monogámico e indisoluble, el político cristiano defenderá siempre el matrimonio, la familia y su derecho a la educación de los hijos y jamás dará el mismo tratamiento jurídico a las uniones de hecho y a las uniones homosexuales. En fin, el político cristiano no puede comportarse en su vida privada como creyente y en su vida pública como si Dios no existiera.

El estilo cristiano de hacer política exige ser fermento en la sociedad, mostrando la fecundidad y la fuerza política del Evangelio; efectivamente, el político cristiano, al no estar encerrado en un racionalismo absoluto, donde se considera a la razón como única fuente de la verdad, se mueve en un ámbito ampliado por las verdades reveladas, que iluminan la dignidad del hombre y de la sociedad. Una de las formas honestas que caracteriza lo específicamente cristiano es, por ejemplo, la búsqueda prioritaria del reino de Dios y su justicia, sabiendo que todo lo demás se nos dará por añadidura; el quehacer político para un cristiano será siempre un servicio en orden a la construcción de una sociedad más humana y solidaria. Además, si no todos los cristianos se van a dedicar profesionalmente a la política, todos los cristianos deben interesarse por la política, por ejemplo, a la hora de poder ejercitar un voto consciente y responsable, para lo cual han de informarse sobre las personas y los partidos políticos más conformes con nuestras maneras cristianas de ver la sociedad y la política; sabemos que no todos los programas, ni tampoco todas las fuerzas políticas, son compatibles con nuestra fe cristiana.

Para conseguir el fin de la vida social, que es el bien común, la política se sirve del poder político; ahora bien, el poder, causa formal de la realidad política<sup>16</sup>, es un medio para conseguir el fin, y nunca se podrá convertir en fin de la política; de todos modos ésta es la gran tentación de la política, haciendo del poder el medio para satisfacer las propias ambiciones, dominar a los demás y someterlos a los propios intereses.

16. Cfr. B. MONDIN, *Ética e política*, Bologna 2000, pp. 233-239.



Pero el cristiano seglar que trabaja en la política recuerda que el poder político no es dominio violento, sino servicio al bien común. «Ya sabéis cómo los que en las naciones son considerados príncipes las dominan con imperio y sus grandes ejercen poder sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; antes bien, si alguno de vosotros quiere ser grande sea vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero sea siervo de todos, pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 42-45).

«Toda la vida humana, individual y colectiva, se presenta como lucha y, por cierto, dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas»<sup>17</sup>. El hombre caído en pecado original necesita de la gracia sanante para poder obedecer a Dios, pues el hombre caído en pecado no puede mantenerse largo tiempo sin otro pecado mortal a no ser con el auxilio de la gracia<sup>18</sup>. Esto significa que Jesucristo y su moral, plenitud del derecho natural, es la clave de todo el edificio individual, social y político del hombre. Por eso, no se entiende la conducta de algunos teólogos actuales que, deseando dialogar con el mundo moderno, prescinden del pecado original, de Cristo, de la gracia, como si el hombre pudiera realizarse a sí mismo sin el Verbo Encarnado. El hombre, el cristiano explícitamente, se realiza plenamente sólo en Jesucristo. Por tanto, el cristiano en la vida pública no puede ser neutro; ha de comportarse como tal en la vida privada y en la pública. En este campo caben dos errores: o querer imponer la visión cristiana de la sociedad por encima de los derechos humanos o practicar una visión neutra para respetar a ultranza esos derechos. La postura verdadera refleja la identidad cristiana, que fundada en la sola fuerza de la verdad, no suprime derecho humano alguno.

Es evidente que el cristiano en la vida pública, en el nivel individual, tiene que comportarse como cristiano; pero es posible y conveniente, si la situación política lo permite, que los cristianos se organicen socialmente dentro de una confesionalidad cristiana, siendo respetuosas con los derechos en lo que se fundamenta la sociedad; se pueden fundar también partidos políticos u organizaciones sindicales de inspiración cristiana, aunque no conviene que sean confesionalmente cristianos, dado su funcionamiento y el carácter coyuntural de sus decisiones. Esta inspiración cristiana debe existir, sin poner en peligro la legítima autonomía de la política y de los políticos<sup>19</sup>. «Cabe, pues, la

17. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et spes*», 13.

18. Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, 109, 8c.

19. Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los católicos en la vida pública*, Madrid 1986, donde se invita a los católicos a actuar como tales en los diversos ámbitos de la vida pública. La Asociación Católica de Propagandistas ha organizado estos últimos años tres congresos en España sobre *Católicos y vida pública*.

posibilidad de un estado aconfesional allí donde el pluralismo religioso y otras circunstancias lo aconsejen; cabe, por el contrario, la posibilidad de un estado confesional con tal que queden a salvo los derechos de las minorías y se garantice la libertad civil en materia religiosa»<sup>20</sup>, en el nivel social en relación con la posible presencia mayoritaria de cristianos en una nación.

#### 4. LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Hay dos poderes soberanos e independientes, el eclesiástico y el civil, llamados a colaborar entre sí buscando el bien íntegro del hombre, de modo que el poder espiritual puede intervenir en los asuntos temporales cuando lo exige el ejercicio del poder espiritual y en la medida de la conciencia y presencia de los cristianos en la sociedad. La cuestión es que siempre que el gobernante respete la ley natural o el derecho natural, dos aspectos de la misma realidad, está en su puesto, aunque no puede prescindir de Dios, pues el derecho natural no es neutro. ¡Qué lejos están estas reflexiones de aquel planteamiento de otros tiempos, cuando la Iglesia, enseñando la existencia de dos poderes, el espiritual y el temporal, se comportaba como si sólo hubiera uno, fomentando la intervención del poder político para hacer cumplir las leyes de la Iglesia, afirmando que ésta tiene dos espadas; la espiritual, que maneja por sí misma, y la temporal, que maneja a través de los príncipes!

En los sistemas políticos actuales, en los cuales el ciudadano participa a través del voto y de otros modos, en la elección del gobierno y de la legislación civil, los cristianos nos vemos involucrados de maneras diversas en cuestiones de moral política. En consecuencia, no podemos permanecer al margen de la política, ni tampoco podemos ser indiferentes ante sus consecuencias. «Para animar cristianamente el orden temporal —en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad— los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política (...) Al mismo tiempo —y esto se advierte hoy como una urgencia y una responsabilidad— los fieles laicos han de testificar aquellos valores humanos y evangélicos, que están íntimamente relacionados con la actividad política, como son la libertad y la justicia, la solidaridad, la dedicación leal y desinteresada al bien de todos (...). Colaborando con todos aquellos que verdaderamente

20. J. COLLANTES, *La Iglesia de la Palabra*, Madrid 1972, vol. II. p. 284. «En la práctica, la confesionalidad jurídica del estado es viable (y por lo mismo recomendable o exigible, y, en todo caso, legítima) cuando la sustenta la confesionalidad de la mayoría del pueblo». J. GUERRA CAMPOS, *Confesionalidad religiosa del estado*, Burgos 1973, p. 11.

buscan la paz y sirviéndose de los específicos organismos e instituciones nacionales e internacionales, los fieles laicos deben promover una labor educativa capilar, destinada a derrotar la imperante cultura del egoísmo, del odio, de la venganza y de la enemistad, y de desarrollar a todos los niveles la cultura de la solidaridad»<sup>21</sup>.

El 28 de febrero de 2002 comenzaron los trabajos de la Convención para el estudio de la reforma de la Unión Europea y la preparación de su Constitución, dejando claro que este foro no hará referencia explícita a los valores cristianos, en conformidad con la interpretación francesa del principio de separación de Iglesia-Estado<sup>22</sup>. Esta postura del secularismo laicista excluye a las iglesias de la vida pública, tratándolas como instituciones privadas y como si la religión fuera por principio fuente de problemas; incluso tiende a controlar todas las demás instituciones sociales intermedias. Estos hechos nos recuerdan que una democracia sin valores trascendentes se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto<sup>23</sup>. La democracia sustantiva se basa en contenidos de verdad y bien y no en meros consensos sobre sistemas o reglas de procedimiento. En ese sentido se percibe el déficit democrático de las instituciones europeas. En conclusión, lo que la Iglesia pide a los políticos es libertad para anunciar a Jesucristo y esta petición no es un privilegio, sino reconocimiento real del derecho a la libertad religiosa, fuente y síntesis de todos los derechos humanos. En el momento actual, los cristianos europeos son llamados a mostrar sus raíces cristianas en orden a dar a Europa, que se está gestando, un alma religiosa y cristiana.

Aunque en nuestras sociedades democráticas y pluralistas actuales los estados son laicos, no por ello han de ser indiferentes religiosamente, ni menos aún antirreligiosos; con otras palabras, la laicidad no debe entenderse como laicismo, prescindiendo de Dios y de la Iglesia y considerando a los católicos como restos de una cultura ya superada. Sin embargo, es propio de todo estado laico reconocer el valor de la cultura religiosa; en esta línea es lógico que estados laicos, como España, Italia o Méjico, reconozcan el catolicismo no sólo como un patrimonio histórico nacional del pueblo, sino también como una realidad relevante en la actualidad o incluso emergente. Esto no significa volver a posturas involucionistas, imposibles por cierto, sino redescubrir ese conjunto de principios humanos y éticos que han gestado la cultura y la convivencia civil entre los hombres.

21. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici* (30-XII-1988), 42.

22. Cfr. J. RATZINGER, *Europa, política y religión. Los fundamentos espirituales de la cultura europea de ayer, hoy y mañana*, en «Communio» 23 (2001) 238-253; G. DEL POZO ABEJÓN, *La «Carta de los derechos fundamentales de la Unión Europea». Una Valoración*, en «Communio» 23 (2001) 308-324.

23. Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Centesimus annus* (1-V-1991), 46.

La doctrina social de la Iglesia es una forma de contrarrestar el pensamiento laicista anticristiano, originado en la Ilustración del siglo XVIII, que sigue propagando esa característica aversión a la Iglesia, en sus diversas manifestaciones como el desprecio, la indiferencia, la ignorancia, cuando no la misma beligerancia como aparece actualmente en las críticas agresivas e injustas a algunas asociaciones y movimientos eclesiales presentes e influyentes en el mundo actual. Nos oponemos, evidentemente, a la perspectiva no religiosa de la vida humana, a proceder como si Dios no existiera y, en fin, a considerar la religión como un hecho privado (*privat Sache*), es decir, sin valor científico que, por lo mismo, no debe salir a la vida pública, quedando encerrado en las conciencias o en las paredes de la familia o del templo.

En las últimas décadas la verdadera contraposición no se da tanto entre cristianismo y pensamiento laico, sino entre confesionalismo y pensamiento laico<sup>24</sup>. La cuestión surge cuando algunos católicos o asociaciones católicas pretenden enriquecer las normas jurídicas ciudadanas con los propios principios éticos-religiosos; es decir, cuando la esfera de la fe invade la esfera del derecho. Lo que molesta no es la fe de los creyentes, sino su influencia espiritual y material, perfeccionando de ese modo las formas laicas del estado y al mismo tiempo negando el derecho absoluto de cada ciudadano a vivir según las propias convicciones morales, oponiéndose así a la total autonomía de la conciencia moral no recta. Hay, pues, un laicismo político que se opone frontalmente a la fe cristiana, combatiendo para que la Iglesia reduzca su acción a lo meramente privado, y la beligerancia contra la Iglesia es total cuando ésta intenta proponer a todos los ciudadanos sus convicciones y dogmas morales. El pensamiento laico se presenta como quien defiende el estatuto laico del estado impidiendo a la Iglesia influir en la dinámica política de una nación.

En el fondo la cuestión es, pues, la relación entre Estado e Iglesia. Para algunos el Estado es laico y, en consecuencia, separado de la Iglesia, de modo que el Estado no se entrometa en las cuestiones de la Iglesia, ni tampoco la Iglesia se entrometa en las cuestiones del estado. Por tanto un Estado laico no debe favorecer o privilegiar a las personas e instituciones de la Iglesia, por ejemplo, financiando a los clérigos; tampoco la Iglesia debe estar presente institucionalmente en los hospitales, en las cárceles, en el ejército; en fin, se rechaza todo Concordato entre Iglesia y Estado, pues sería reconocer a aquélla como una institución originaria de derecho público, concediéndole privilegios o tolerando injerencias eclesiásticas en el Estado. Pero ¿es cierto

24. Cfr. *Stato laico e laicità dello Stato*, en «La Civiltà Cattolica» Editoriale, 3619 (7 aprile 2001) 3-15.

que hay injerencia de la Iglesia cuando exige a los estados que adapten las leyes familiares, por ejemplo, en las cuestiones de las uniones de hecho, o las uniones homosexuales, al derecho natural? Esta conducta de la Iglesia no es temporalismo, sino corrección de unas leyes que no se adaptan a la misma realidad natural de las cosas.

Es verdad que Dios ha creado las realidades mundanas, dándoles su ser y su razón de ser; es decir, tienen su propia consistencia, sus propias leyes, sus propios fines y sus propias mediaciones para conseguir sus objetivos. En fin, las realidades creadas, el hombre y las demás realidades humanas y temporales, como el estado, la política, la economía, la cultura, el derecho, el arte, son autónomas con respecto a la religión y a la Iglesia pues pertenecen al ámbito mundano. Mas esta autonomía no es absoluta, porque estas realidades, en cuanto creadas por Dios, son en cuanto dependen de Él en su misma realidad. «En virtud de la misma creación todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias, sus leyes propias y su orden. El hombre debe respetar todo esto, reconociendo las exigencias metodológicas propias de cada ciencia o arte»<sup>25</sup>. Queremos decir que el Estado debe adaptar sus leyes no a la fe cristiana, sino a la intrínseca naturaleza y ordenación de las mismas realidades, que ellas han recibido del Creador. El Estado es autónomo con respecto a la Iglesia, pero no con respecto a Dios y a la ley moral querida por Dios; el estado no es libre para proponer las leyes que desee, sino que debe proponer unas leyes adecuadas al orden natural y racional. En este sentido, la autonomía del estado frente a la religión no significa que el estado sea agnóstico ante los valores humanos, pues éstos son parte del bien común, que el estado debe proteger en favor de los ciudadanos.

«La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia para bien de todos cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellas, habida cuenta de las circunstancias de lugar y tiempo. El hombre, en efecto, no se limita al solo horizonte temporal, sino que, sujeto a la historia humana, mantiene íntegramente su vocación eterna. La Iglesia, por su parte, fundada en el amor del Redentor, contribuye a difundir cada vez más el reino de la justicia y de la caridad en el seno de cada nación y entre las naciones»<sup>26</sup>.

25. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, 36.

26. *Ibid*, 76.

## 5. EL REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO

La actividad política no se puede improvisar, sino que exige una preparación cultural, espiritual y práctica<sup>27</sup>. Ahora bien, ¿cuántos centros de formación política sostiene la Iglesia o las mismas organizaciones de seglares cristianos? Además, se constata actualmente una dedicación más numerosa por parte de los cristianos al voluntariado, reconociendo la primacía de la sociedad civil, y menos dedicación a la política activa; es cierto que el voluntariado no implica tanta dedicación y sobre todo tanta lucha por el poder en los niveles interpersonal e interpartidario. Pero los cristianos necesitan estar presentes también en la política, pues la sociedad se conforma según las leyes aprobadas por el poder legislativo que radica en el parlamento.

Los cristianos, en la medida que seamos conscientes del Señorío de Cristo, alfa y omega de la historia, desearemos el reinado de Jesucristo en el mundo de forma explícita. Ahora bien, esta situación de cristiandad anhelada nunca podrá imponerse con la fuerza, sino sólo con la predicación y el convencimiento. «Es normal que los creyentes quieran realizar un orden de cosas lo más conforme posible con las exigencias de su fe y que se manifieste cuanto más mejor la soberanía de Dios y la realeza de Cristo. Por eso, una cierta cristiandad será siempre el deseo de los cristianos, el polo hacia el cual converjan sus deseos»<sup>28</sup>.

La presencia activa del seglar en la vida política implica la práctica de las pertinentes virtudes políticas, sobre todo la prudencia, la justicia y la fortaleza, en la perspectiva de la Encarnación de Jesucristo, es decir, estar en el mundo sin ser del mundo, participando libre y responsablemente en las tareas sociales y políticas de este mundo<sup>29</sup>. «La tarea apostólica que Cristo ha encomendado a todos sus discípulos produce, por tanto, resultados concretos en el ámbito social»<sup>30</sup>. Los católicos ya presentes en la política han de proceder con prudencia en un quehacer tan difícil, donde se necesita mucha fortaleza y coraje. Ahora bien, el irresponsable dejar hacer es una de las grandes tentaciones que padecen muchos cristianos en referencia a la cosa pública y en nuestro tiempo se ha hecho presente una nueva tentación difícil de superar y es el miedo a mostrar las propias conviccio-

27. Cfr. *I cristiani e la politica*, en «La Civiltà Cattolica» Editoriale, 3620 (21 aprile 2001) 107-120; *I cattolici nell'attuale congiuntura politica italiana*, en «La Civiltà Cattolica» Editoriale, 3624 (16 giugno 2001) 531-541.

28. Y. CONGAR, *Santa Iglesia*, Barcelona 1965, p. 358.

29. Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (1992).

30. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, Madrid <sup>30</sup>1994, n. 125. Cfr. A. RODRÍGUEZ LUÑO, *La formación de la conciencia en materia social y política según las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, «Romana» (ed. castellana) 13 (1997) 162-181.

nes, como las verdades de la fe, para no ser tachado de fundamentalista o fanático; en este contexto hay muchos que identifican la buena convivencia democrática con un talante relativista, olvidando que el verdadero diálogo implica la lealtad hacia las propias convicciones y el respeto hacia las convicciones del otro, vale decir, hay que aprender a dialogar y colaborar con el que piensa de otro modo, que no por ello es enemigo. Mas las convicciones políticas exigen antes conocer y asumir la autonomía propia de las realidades temporales y, además, la libertad de las personas, es decir, el legítimo pluralismo en las opciones sociales y políticas<sup>31</sup>.

Los cristianos seglares son los protagonistas de la nueva evangelización en su perspectiva secular<sup>32</sup>. En este ámbito hay que clarificar los problemas implicados en la participación de los católicos en la vida pública y la presencia pública de la Iglesia, fomentando la formación socio-política de los católicos; por otra parte, hay que ofrecer el debido apoyo, orientación y acompañamiento a los católicos seglares comprometidos en la política. Ahora bien, hay que distinguir entre presencia y mediación eclesial, pues no puede considerarse eclesial ninguna forma de presencia pública que incluya la búsqueda o ejercicio de poder, pues se debe respetar la autonomía de la política y la presencia pública de la Iglesia debe ser conforme a su misión propia.

Los católicos han de tomar parte en el gobierno de los pueblos en orden a mejorar las leyes contrarias al bien de los individuos y de la sociedad. Los católicos tienen el deber de trabajar activamente en la propaganda electoral, de modo que los ciudadanos sean informados sobre los candidatos que ofrezcan mayores garantías. Pensemos en la responsabilidad que tenemos a la hora de emitir un voto. Hay muchos problemas, como la familia, la educación de los hijos, la enseñanza en general, que dependen de los políticos. Por eso, influir en la sociedad implica también estar presentes en la política. En este sentido, afirmamos que la enseñanza privada ha de ser apoyada por el estado, pues son los padres los que tienen derecho a elegir el tipo y el centro de enseñanza para sus hijos. Igualmente, el tema de la adopción de niños por parejas de homosexuales y el hecho de la clonación plantea un agravio al matrimonio monogámico y al bien de los niños adoptados o clonados, pues se les priva de una familia normal.

31. Cfr. PABLO VI, *Carta Apostólica Octogesima adveniens* (14-V-1971), n. 50.

32. «Para que Él reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y desde ellas, ejerciten calladamente —y eficazmente— un apostolado de carácter profesional». JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 347. «Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad humana. Después, *pax Christi in regno Christi*, la paz de Cristo en el reino de Cristo». *Ibid.*, n. 301.



En muchos parlamentos la presencia de cristianos en ellos es un hecho, y en algunos de ellos es incluso abundante. El valor de la política consiste en que es la mediación con la que el estado alcanza el bien común y el desarrollo íntegro de la persona humana, que es el objetivo último de la organización política. Es verdad que la unidad de la fe no implica, en sí mismo, la unidad política, pues de los mismos principios creyentes pueden proceder diferentes opciones políticas<sup>33</sup>; con todo, es de esperar que cuando en la política se discuten problemas que afectan directamente a la fe y a la moral, los parlamentarios cristianos, aunque pertenezcan a diversos partidos, opten por soluciones similares, dada la trascendencia de lo discutido.

Las cuestiones sobre la familia, la escuela, la protección de los menores y la bioética muestran actualmente una importancia especial en el debate político, lo cual exige la presencia de los cristianos en estos centros de decisión en las escalas nacional, europea e internacional. El magisterio de la Iglesia, tan activo en estos últimos tiempos, nos señala un camino a seguir y los políticos han de llevar a título personal la voz de la fe a estos foros donde la Iglesia llega sólo a través de los seculares. La doctrina social de la Iglesia da respuestas concretas sobre la dignidad de la persona humana, el trabajo como medio primario del sustentamiento de la familia, el derecho a los bienes básicos por parte de todos, la opción preferencial por los pobres, la lucha contra el subdesarrollo, el acceso por parte de todos a una forma de vida digna y segura, la defensa de los débiles en contra de la prepotencia de los demás; en todas estas cuestiones el político cristiano, inspirado por el Evangelio, podrá aportar en los actuales contextos de la globalización y de las nuevas cuestiones ético-sociales respuestas válidas, innovadoras y amplias. La Iglesia no pretende convertir en leyes públicas sus creencias privadas, pero anima al político cristiano para que enriquezca la vida social desde el derecho natural iluminado por el Evangelio.

El equilibrio entre los sentidos histórico y escatológico de la Iglesia ha sido con frecuencia una cuestión discutida. En nuestro tiempo la Iglesia se ha hecho baluarte de la dignidad del hombre y defensora de los derechos humanos y está bien; pero la Iglesia ha de ser valorada en la sociedad sobre todo por la realización de su misión sobrenatural, aspecto que a veces no es suficientemente percibido por el pueblo. La Iglesia debe sembrar paz y justicia en el mundo y esperanza en los hombres. Los cristianos deben estar presentes en la política, mas siempre con su propio talante.

33. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et spes*», 43.